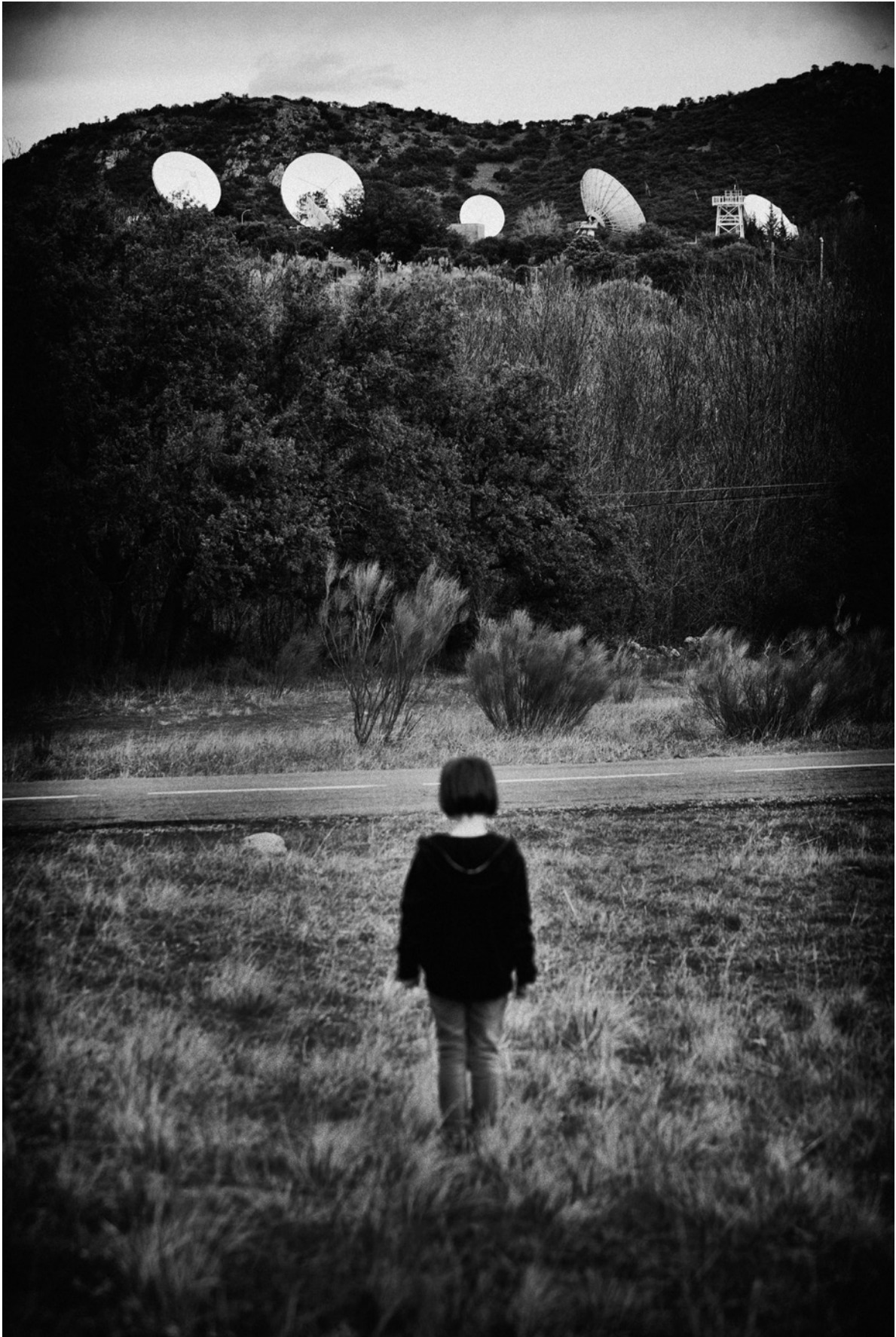




La revolución como problema técnico: de Curzio Malaparte al Comité Invisible

Texto: AMADOR FERNÁNDEZ-SAVATER.
Fotos: ELVIRA MEJÍAS

1.

El escritor Curzio Malaparte es una referencia en el mundo de la arquitectura por la casa que él mismo diseñó (con Adalberto Libera) y construyó en Capri. Una especie de búnker de color rojizo empotrado en una esquina rocosa de la isla napolitana, la Punta Masullo. Casa Matta la llamaban, no en el sentido literal de Casa Loca, sino por su parecido con los refugios militares que Malaparte había conocido directamente durante su participación en la Primera Guerra Mundial. Casamatas son los puntos de avanzada donde se instalan piezas de artillería que martillean las posiciones enemigas con fuego de flanqueo. Quizá por esa resonancia, a pesar de la belleza excepcional del emplazamiento, Malaparte aseguraba vivir en una «casa triste, dura y severa». Como él mismo.

Al menos también en otro sentido, podemos considerar que Malaparte habitaba efectivamente en una posición de vanguardia. Nos referimos a su teoría sobre el poder, desarrollada en un libro célebre durante la primera mitad del siglo XX y hoy medio olvidado: *Técnica del golpe de Estado*. Un libro de espíritu maquiaveliano en el cual Malaparte se propuso divulgar neutralmente, tanto a revolucionarios como a conservadores, los saberes necesarios para ocupar (o defender) el poder del Estado. A partir de algunos ejemplos concretos, como la Revolución rusa o la marcha sobre Roma de Mussolini, Malaparte despliega una idea a la vez sencilla y deslumbrante: *el poder es logístico y reside en las infraestructuras*. No es de naturaleza representativa y personal, sino arquitectónica e impersonal. No es un teatro, sino una estructura de acero, un edificio de ladrillo, un canal, un puente, una central eléctrica. Conquistar el poder pasa, pues, por adueñarse, no tanto de la organización política y burocrática de la sociedad, como de su *organización técnica*.

El ejemplo más claro —y también más importante, en tanto que precursor del resto— es la particular historia malapartiana de la Revolución rusa. En el corazón de este capítulo hay una discusión: entre Lenin y Trotsky, entre el Comité Central del partido bolchevique y la jefatura del Comité Militar Revolucionario. Para Lenin y el partido bolchevique, el proceso revolucionario consiste en suscitar y organizar un levantamiento general de las masas proletarias que desemboque en el asalto al Palacio de Invierno. Para Trotsky y el Comité Militar Revolucionario, la cuestión es de

orden muy distinto. La revolución no pasa por combatir a pecho descubierto al Gobierno y sus ametralladoras, ni por tomar palacios o ministerios, sino por apoderarse silenciosa y abruptamente de los órganos materiales de la máquina estatal: las centrales eléctricas y telefónicas, las estaciones de ferrocarril, los puentes, los puertos, los gasómetros, los acueductos, etc. «Lenin es el estratega, el ideólogo, el animador, el *deus ex machina* de la revolución; pero el creador de la técnica del golpe de Estado bolchevique es Trotsky».

El problema de la insurrección es *de orden técnico*. No se necesita la participación masiva y heroica de miles de proletarios embravecidos, sino formar e instruir a una tropa de asalto de obreros, soldados y marineros especializados: mecánicos, electricistas, telegrafistas, radiotelegrafistas, etc. «Una pequeña tropa, fría y violenta, de mil técnicos», dice Malaparte. A las órdenes de un ingeniero jefe con un plan científico de la revolución: el mismo Trotsky. El revolucionario judío no se fía del ímpetu popular, no confía en la participación de las masas. Cree y apuesta por que se puede conquistar el Estado con un puñado de hombres: es cuestión de método, de técnica y de táctica, no de circunstancias. «La revolución no es un arte, sino una máquina; solo técnicos pueden ponerla en marcha y solo otros técnicos pueden detenerla», afirma.

Según la historia (¿o la fábula?) de Malaparte, los mil técnicos de Trotsky se ejercitaron durante meses en «maniobras invisibles»: infiltrándose por todos lados, lograron documentar y mapear la distribución y localización de los despachos, de las instalaciones de luz eléctrica y teléfono, de los depósitos de carbón y de trigo, de las estaciones de ferrocarril y los puentes, etc. Llegado el momento, burlaron la vigilancia policial de los *junkers* de Kerenski (más atentos a un posible levantamiento masivo y popular que al deslizamiento de pequeños grupos) y tomaron todas las infraestructuras del Estado. «Operar con poca gente en un terreno limitado, concentrar los esfuerzos sobre los objetivos principales, golpear directa y duramente, sin ruido. Una ofensiva simultánea, repentina y rápida, apenas dos o tres días de lucha».

El asalto final al Palacio de Invierno fue espectacular y pasó a la historia, pero en realidad fue simplemente la manera de comunicar al mundo

que el poder ya había cambiado de bando, haciendo caer a la vista de todos una cáscara vacía. Así se entiende la conocida sentencia de Trotsky: la insurrección es simplemente «el puñetazo a un parálítico».

2.

Los movimientos políticos de los últimos años, conocidos como «movimientos de las plazas», son aparentemente más «leninistas» que «trotskistas», hablando en un sentido malapartiano. Los tuneos que detonaron la Primavera Árabe ocuparon la casba, los griegos plantaron sus tiendas de campaña frente al Parlamento en la plaza Syntagma, los portugueses intentaron entrar por la fuerza en la Asamblea de la República, en España rodeamos el Parlament catalán en junio de 2011 y el Congreso el 25S de 2012... Rodear, asaltar, ocupar los parlamentos: los lugares de poder institucional han hechizado la atención y el deseo de los movimientos de las plazas (y, tal vez por eso, los dispositivos electorales, como Podemos o Ganemos, son ahora la continuación lógica). Pero ¿se halla el poder realmente ahí dentro, en el interior de esos edificios?

Un grupo anónimo retoma por su cuenta las preocupaciones de Malaparte y abre una alternativa para el pensamiento y la acción. Se llama Comité Invisible, y su primer libro, *La insurrección que viene*, editado en 2007, fue un *paradójico best seller* subversivo, traducido a varias lenguas. Ahora, el Comité Invisible publica un segundo libro, titulado *A nuestros amigos*, escrito a muchas manos entre una constelación de colectivos y personas implicadas activamente en experiencias de lucha y autoorganización. Se trata de un texto que replantea abiertamente la cuestión revolucionaria, es decir, el problema de la transformación radical (de raíz) de lo existente, pero decididamente por fuera de los esquemas del comunismo autoritario que condujeron a los desastres del siglo XX.

En el capítulo dedicado a analizar la naturaleza del poder contemporáneo, el Comité Invisible afirma que el gobierno ya no reside en el Gobierno (y que, por tanto, de poco vale sustituir uno por otro), sino que está más bien incorporado en los objetos que pueblan nuestra vida cotidiana y en las infraestructuras que la organizan (y de las que dependemos completamente: pensemos en el agua, el gas, la electricidad, el teléfono, Internet, etc.). Toda Constitución (y, por tanto, todo proceso constituyente) es papel mojado, porque la

verdadera Constitución es técnica, física, material. Los padres de la Constitución real (y no formal) no son profesores, políticos o juristas, sino quienes diseñan, construyen, controlan y gestionan la infraestructura técnica de la vida, las condiciones materiales de existencia. Por tanto, se trata de un poder silencioso, sin discurso, sin explicaciones, sin representantes y sin tertulias en la tele; y al cual es del todo inútil oponerle una contrahegemonía discursiva.

Ignorar al poder político, centrarse en las infraestructuras: aquí terminan las resonancias con el particular Trotsky de Malaparte. Porque para el Comité Invisible no se trata de «adueñarse» de la organización técnica de la sociedad, como si esta fuese neutra o buena en sí misma y bastase simplemente con ponerla al servicio de otros objetivos. De hecho, precisamente ese fue el error catastrófico de la Revolución rusa: distinguir los medios y los fines, pensar por ejemplo que se podía liberar el trabajo de la explotación y la alienación a través de las mismas cadenas de montaje capitalistas. No, los fines están inscritos en los medios: una cadena de montaje vehicula cierto imaginario del trabajo y la producción, no se puede poner simplemente «al servicio de» otras finalidades. Cada herramienta configura, y a la vez encarna, cierta concepción de la vida, implica un mundo sensible. Google, una autopista o un supermercado son *decisiones de mundo*, *civilizatorias*. No se trata de «apoderarse» de las técnicas existentes, ni de conseguir que funcionen más y mejor, como si el contexto social simplemente «obstaculizase» el despliegue de sus potencialidades, sino de subvertirlas, transformarlas, reapropiárselas, *hackearlas*.

El *hacker* es una figura clave en la propuesta política del Comité Invisible. Lo asociamos exclusivamente con el mundo de las redes digitales o, aún peor, con el «terrorismo informático», pero no tiene nada que ver. Un *hacker* es cualquiera que tiene curiosidad por crear algo nuevo o por resolver un problema, un apasionado del saber-hacer, un *bricoleur*. Podemos pensarlo también por fuera del mundo de los bytes, en un sentido social más amplio, como todo aquel que se pregunta (siempre mediante el hacer) cómo funciona esto, cómo se puede interferir en su funcionamiento, cómo podría funcionar de otro modo. Y se preocupa por compartir sus saberes.

¿Por qué el *hacker* es una figura tan central en la propuesta política del Comité Invisible? Vivimos rodeados cotidianamente de «cajas negras»: infraestructuras opacas que constriñen nuestras posibilidades y nuestros gestos en un marco preestablecido. Cuando encendemos un electrodoméstico, cuando pagamos la factura del agua o la luz, cuando compramos en un supermercado... El capitalismo no triunfa a diario porque tenga un discurso convincente, sino porque nos tiene atrapados materialmente en sus cajas negras. El espíritu *hacker* rompe el hechizo de un mundo naturalizado y normalizado, al que nos adaptamos como podemos, revelando los funcionamientos, encontrando fallos, inventando nuevos usos, etc. «El código es la ley» dice una máxima central de la filosofía *hacker*. Es el código (técnico) y no la ley (política) quien define la realidad: lo posible y lo imposible, las limitaciones y los potenciales, etc. Los *hackers* tocan el código, es decir, lo que hay detrás de las superficies a la vista; cacharrean y alteran las técnicas para ponerlas a su servicio. Y esto no solo para ellos, sino para todos.

3.
Pero no se trata de sustituir a los «mil técnicos» de Trotsky por «mil *hackers*». Seguiríamos teniendo ahí una casta especializada, un saber separado y, por tanto, un poder autonomizado de la colectividad. Lo que se precisa más bien (y que se parece a un proceso revolucionario efectivo) es un devenir-*hacker* colectivo, de *masas*, *sin ingeniero jefe*. Es decir, la puesta en común de saberes que no son opiniones sobre el mundo, sino posibilidades muy concretas de hacerlo y deshacerlo. Saberes que son poderes. Poder de construir y de interrumpir, poder de crear y de sabotear. Un devenir-*hacker* colectivo son miles de personas que bloquean en tal punto neurálgico un megaproyecto de infraestructuras que amenaza con devastar un territorio y sus formas de vida. Un devenir-*hacker* de masas son miles de personas que construyen pequeñas ciudades, capaces de reproducir la vida entera (alimentación, cuidado, estudio, comunicación, sueño, etc.) durante semanas, en el corazón mismo de las grandes urbes.

Esto es lo que ocurrió en mayo de 2011 en la Puerta del Sol y en tantas otras plazas de las ciudades españolas. El engarce de mil saberes-poderes distintos para construir otro mundo dentro de este mundo. La autoorganización de la vida en común, sin centro ni ingeniero jefe,

sino a partir de las necesidades inmediatas que surgían, coordinando descentralizadamente los esfuerzos, pensando mientras se hacía, lo que se hacía y desde lo que se hacía. Politizando todo lo que el paradigma clásico de la política deja en la sombra: la materialidad de la vida, aquello que designamos, desvinculándolo de lo político, como lo reproductivo, lo doméstico, lo económico, la supervivencia o la vida cotidiana y que queda siempre fuera del espacio público.

Si el poder es infraestructural, se trata entonces de *hackear* las infraestructuras existentes o de construir otras nuevas, articuladas con otras prácticas vitales y otros mundos en marcha. Una socialización de saberes que no toma necesariamente la forma de un «todos expertos en todo» (algo imposible y no seguramente deseable), sino más bien de *alianzas*, *contaminaciones* y *conexiones*. Las «maniobras invisibles» donde hoy se preparan los procesos revolucionarios son todos los espacios donde se comparten riquezas, medios y saberes, los *hacklabs*, los centros sociales, las escuelas de conocimientos comunes y de contrahabilidades, los lugares de cacharreo, todos los puntos de cruce entre técnicas y formas de vida disidentes.

Desde su atalaya en Punta Masullo, el vigía sonríe. ☒

.....
MALAPARTE, Curzio (1931), *Técnica del golpe de Estado* [Técnica del colpo di Stato], trad. de J. Gómez de la Serna, Madrid: Editorial Ulises.

SERRA, Maurizio (2012), *Malaparte: vidas y leyendas* [Malaparte. Vies et legendes], trad. de J. M. Salmerón, Barcelona: Tusquets Editores.

COMITÉ INVISIBLE (2009), *La insurrección que viene* [L'insurrection qui vient], trad. de Y. N. Pichel Montoya, Santa Cruz de Tenerife: Editorial Melusina.

COMITÉ INVISIBLE (2008), *Llamamiento; y otros fogonazos*, Madrid: Acurela Libros.

COMITÉ INVISIBLE (2015), *A nuestros amigos* [A nos amis]. Logroño, México D. E.: Pepitas de Calabaza, Sur+.

Gracias a los amigos por los comentarios útiles para la escritura del texto: Carolina, Pepe, Álvaro, Marc, Diego y Ema (en recuerdo de nuestro frustrado intento por entrar en la casamata de Malaparte).

.....
© AMADOR FERNÁNDEZ-SAUTER. Este texto puede copiarse y distribuirse libremente, sin finalidades comerciales, siempre que se mantenga esta nota.



Revolution as a technical issue: from Curzio Malaparte to the Invisible Committee

Text: AMADOR FERNÁNDEZ-SAVATER. Photos: ELVIRA MEJÍAS

1.

After designing and building a house in Capri, alongside Adalberto Libera, the writer Curzio Malaparte became a reference within the world of architecture. The house is a kind of bunker in a reddish colour, embedded in a rocky corner of the Napolitano island, Punta Masullo. Casa Matta (madhouse) they called it, not in the literal sense of a Mental Institution, but because of its resemblance to the military shelters that Malaparte had acquainted himself with during his stint fighting in the First World War. *Casamatas* is translated as casemate, a forward point that houses artillery, used to attack enemy positions with flank-fire. Perhaps due to that resonance, despite the exceptionally beautiful setting, Malaparte assured others that he would live in a “sad, hard and severe house”. Rather like the man himself.

In another sense, at least, we could consider that Malaparte basically inhabited an avant-guard position. By this, we’re referring to his theory of power, developed in a celebrated book during the first half of the 20th century and these days half forgotten: *Coup D’état: The technique of revolution*. A book in the spirit of Maquiavelo in which Malaparte took the decision to neutrally divulge, both to revolutionaries and conservatives, the necessary knowledge to occupy (or defend) the power of the State. Using several specific examples, such as the Russian revolution or Mussolini’s march on Rome, Malaparte explains an idea that’s both simple and blinding: *power is logistics and resides within infrastructures*. It’s not about a representative or personal nature, but rather about a nature that’s architectonic

and impersonal. It’s not a theatre, but rather a steel structure, a brick building, a canal, a bridge, an electrical centre. Power is attained, then, by taking control of not the political or bureaucratic organisation of society, but rather of its technical organisation.

The clearest example (and the most important because it was the precursor to the rest), is the unusual Malaparte story of the Russian Revolution. At the heart of this chapter there’s an argument: between Lenin and Trotsky, between the Bolshevik party’s Central Committee and the head of the Revolutionary Military Party. For Lenin and the Bolshevik party, the revolutionary process consisted of resuscitating and re-organising a general uprising of the proletariat masses that was let loose in the attack on the Winter Palace. For Trotsky and the Military Revolutionary Party, the question is of an entirely different order. The revolution wasn’t about bare-chested fighting against the Government and their machine-guns, nor was it about taking palaces or ministries, but rather it was about silently and abruptly seizing the material organs of the state machine: electric and communication centres, train stations, bridges, ports, gasometers, aqueducts, etc. “Lenin is the strategist, the ideologist, the animator, the *deus ex machina* of the revolution; but the creator of the coup d’état technique on the Bolshevik state is Trotsky”.

The problem of insurrection is *of technician order*. Mass, heroic participation by a roused proletariat isn’t required, but rather the training and instruction of an

assault troop of specialised workers, soldiers and sailors: mechanics, electricians, telegraphers, radio telegraphers, etc. “A small troop, cold and violent, of one thousand technicians,” states Malaparte. Under the command of a chief engineer with a scientific plan for revolution: Trotsky himself. The revolutionary, Jewish man didn’t trust popular impetus, didn’t trust the participation of the masses. He believed and fully bet on the State being conquered with a handful of men: it’s all a question of method, technique and tactics, not of circumstances. “Revolution is not an art: it’s a machine. Only technicians can get it up and running and only other technicians can stop it,” he says.

According to the story (or fable?) by Malaparte, Trotsky’s thousand technicians trained over months in “invisible manoeuvres”: infiltrating themselves all over, they managed to document and map the distribution and location of offices, of electric light and telephone installations, of coal and wheat reserves, of train stations and bridges, etc. When the moment arrived, they slipped passed Kerenski’s *junkers*’ police vigilance (more attempts at possible mass uprisings rather than the creation of small, powerful groups) and they took the State’s infrastructures. “Operating with few people on a limited territory, concentrating efforts on the principal objectives, hitting directly and strongly, noiselessly. A simultaneous, sudden and swift offensive, barely even 2 or 3 days of fighting”. ☐

The final assault on the Winter Palace was spectacular and went down in history, but in reality it was just a way of telling the world that power was now in another side's hands, letting an empty shell fall in front of everyone's eyes. That's how we understand the well-known sentence of Trotsky: insurrection is simply "a punch to the paralysed".

2.

The political movements that have taken place in the last few years, known as the "movements of the plazas", are apparently far more in the style of Lenin than they are "Trotskyan", according to the Malaparte way of thinking. The Tunisians who kicked off the Arab Spring occupied the Casbah, the Greeks pitched their tents outside parliament on Syntagma Square, the Portuguese tried to force their way into The Assembly of the Republic, in Spain we surrounded the Catalan parliament in June 2011 and the 25S Congress of 2012... Surrounding, striking, occupying parliaments: the places of institutional power have cast a spell over the attention and desire of the plaza movement (and, perhaps that's why electoral devices, such as Podemos or Ganemos, are now a logical continuation). But, is the power really to be found there, inside those buildings?

An anonymous group has dug up Malaparte's concerns and opened up an alternative for thought and action. It's called The Invisible Committee, and their first book, *The Coming Insurrection*, published in 2007, was a paradoxical, subversive best seller, translated to several languages. Now, The Invisible Committee has released a second book, called *To Our Friends*, written by many hands from a variety of collectives and people actively involved in experiences of fighting and self-organisation. It's a text that openly goes back to thinking about the revolutionary question, i.e. the problem of radical transformation (from the root) of the existing, but decidedly outside of the authoritarian communist schemes that led to the disasters of the beginning of the 20th century.

In the chapter dedicated to analysing the nature of contemporary power, The Invisible Committee affirms that the government no longer resides in The Government (and, as such, it's worthless substituting one for another), but rather that it's more incorporated in the objects that populate and in the infrastructures that organise our daily lives (and those that we completely depend upon: water, gas, electricity, telephones, the internet, etc.). The entire Constitution (and, as such, the entire constitutional process) is not worth the paper it's written on, because the real Constitution is technical, physical, material. The fathers of the real (and not formal) Constitution are not teachers, politicians or lawyers, but rather those who design, construct, control and run the technical infrastructure of life, the material conditions for existence. As such, it's all about a silent power, without discourse, without explanations, without representatives and without gatherings on television; and to which it's completely useless to oppose with a discursive counter-hegemony.

Ignoring the political power, concentrating on infrastructure: here's where the echoes of Malaparte's Trotsky end. Because for The Invisible Committee it's

not about "seizing" the technical order of society, as if it were neutral or good in itself and it was enough to simply put it all to use for other aims. In fact, that was precisely the catastrophic mistake that was made in the Russian Revolution: distinguishing the means and the ends, thinking, for instance, that the work of exploitation and alienation could be wiped out using the same capitalist assembly lines. No, the ends are written in the means: an assembly line acts as an intermediary for certain imagination about work and production, you can't merely put it "in the service of" other ends. Every tool configures, and at the same time incarnates, a certain perception of life, it implies a whole subtle world. Google, a motorway or a supermarket are *world decisions of civilisation*. It's not about "seizing" existing techniques, nor is it about getting them to work more and in a better way, as if the social context simply were "in the way of" the unfurling of their real potentials, but it's about subverting them, transforming them, re-appropriating them, *hacking* them.

The hacker is a key figure in The Invisible Committee's political proposal. We associate this figure exclusively with the world of digital networks or, even worse, with "informational terrorism", but in reality it's not about that. A hacker is anyone who is interested in creating something new, or sorting a problem out, a passionate fan of know-how, a *bricoleur*. We could also think of this person outside the world of bytes, give them a broader social meaning, relating them to the act of asking (always through the doing) how this works, how you can interfere in its function, how it could work in another way. A person concerned with sharing the tricks of the trade.

Why is the hacker such a central figure in The Invisible Committee's proposition? We're surrounded on a daily basis by "black boxes": opaque infrastructures that restrict our possibilities and our movements to a pre-established frame. When we turn on our electrical appliances, when we pay our water or electrical bills, when we buy in a supermarket... Capitalism doesn't succeed on the day to day because it has a convincing discourse, but because it has us materially trapped in its black boxes. The hacker spirit breaks the spell of a naturalised and normalised world - to which we adapt how we can - and it reveals the operations, finding errors, inventing new uses, etc. "Code is law" is the central maxim to the hacker's philosophy. It's the (technical) code and not the (political) law that defines reality: the possible and the impossible, the limits and the potentials, etc. Hackers play with code, i.e., what's behind the visible surface; they fiddle and alter techniques to bend them to their service. And this isn't just for them, but for everyone.

3.

But this isn't about substituting the "thousand technicians" of Trotsky for "a thousand hackers". In that situation we'd only have another specialised caste, a separated team with the knowledge and, as such, an autonomous power of collectivity. What is specified, instead, (and that which bears more similarity to an effective revolutionary process) is a collective *hacker-making, en masse, without an engineering chief*. In other words, the making common knowledge of the functions and wisdoms that aren't opinions on the world, but rather

highly specific possibilities of doing and undoing. Knowledge is power. Power of constructing and of interrupting, of creating and sabotaging. A collective hackerisation involves thousands of people who block a neuralgic point in the mega-project of infrastructures, and who threaten to devastate a territory and its ways of life. A hacker-making of the masses is thousands of people who construct tiny cities, capable of providing an entire life (food, safety, study, communication, sleep, etc.) for weeks, in the very heart of huge urbanisations.

This is what happened in May 2011 in Puerta del Sol, and in so many other squares in Spanish cities. The linking of a thousand different knowledges and powers to construct another world within this one. The self-organisation of common life, without a centre and without a chief engineer, but rather arising from the immediate necessities that cropped up, coordinating efforts in a de-centralised manner, thinking about what was being done as they went along, and from what was being done. Politicising all that which the classic political paradigm leaves in the dark: the materiality of life, that which we designate, breaking its link with the political, such as the reproductive, the domestic, the economic, the survival or the quotidian life and that it remains forever banished from public space.

If power is to do with infrastructure, the task then turns to hacking the existing infrastructure or to constructing other, new ones, articulated around other life practises and other worlds in motion. A socialisation of knowledges that doesn't necessarily take the shape of an "experts in all" (something quite impossible and not necessarily desirable), but more of *alliances, contaminations and connections*. The "invisible manoeuvres", where these days revolutionary processes are prepared, are all the spaces where riches, mediums and knowledge are shared, the *hacklabs*, the social centres, the schools of shared knowledge and of counter-skills, the spaces of altering, all the crossover points between techniques and dissident ways of life.

From his watchtower in Punta Masullo, the sentry grins.
☒

.....
MALAPARTE, Curzio (1931), *Technique Coup d'État: The Technique of Revolution* [Tecnica del colpo di Stato], New York: E.P. Dutton & Company, Inc.

SERRA, Maurizio (2012), *Malaparte, Lives and Legends* [Malaparte. Vies et légendes], (French) Paris: Librairie Académique Perrin.

THE INVISIBLE COMMITTEE (2009), *The Coming Insurrection* [L'insurrection qui vient] New York: Semiotext(e).

THE INVISIBLE COMMITTEE (2015), *To Our Friends* [A nos amis]. New York: Semiotext(e).

THE INVISIBLE COMMITTEE (2008), *Llamamiento y otros fogonazos*, Madrid: Acuarela Libros.

Thanks to all the friends who provided useful comments whilst I was writing this text: Carolina, Pepe, Álvaro, Marc, Diego and Ema (in honour of our frustrating attempt to get into Malaparte's casemate).

.....
© Amador Fernández-Savater. This text can be freely copied and distributed, to non-commercial ends, on the condition that this note remains.